

II

La mancha negra que, cual nubarrón nimbático y agorero, cubría mi vida estudiantil, desapareció y se rindió ante mi nuevo proceder impoluto; me lanzaba a la conquista de los textos y de las ampliaciones, parecía que mi cerebro incansable admitía entusiasmado todas las resultas de mis investigaciones; yo entonces no tenía otra ilusión que una vastísima cultura, un almacén de ideas múltiples y de pensamientos grandes; mi ardoroso trabajar fué objeto, por parte de Capilla, de nuevas observaciones.

—Muy bien, querido Antonio, muy bien —me decía—; celebro enormemente tu constancia e irreprochable conducta; pero he de decirte, estamos en la edad dispuesta por la Naturaleza para que recibamos una especie de instrucción oficial; estamos, digámoslo así, bajo la férula de una cultura limitada; nuestras inteligencias no funcionan aún normalmente si se las deja sin guía, necesitan una maestra y sabia dirección; y tú no obedeces a esa férula, no acatas sus preceptos, te adelantas a sus exigencias, estudias poco y lees mucho, manejas y examinas un farrago de ideas y, lo peor, Antonio, te encaminas, sin preparación para ello, por las sendas de la erudición; ¿tú sabes lo que puede significar en lo futuro esa rebeldía al medio? Pero, perdóname, acaso esté yo equivocado. ¿Quién soy para decirte estas cosas?

Yo me quedaba turulato ante estas observaciones incomprensibles; primero las consideré en pugna con ciertas ideas de naturalización de las cuales era yo partidario; luego comencé a desconfiar y a sentirme escéptico en cuanto a mis poderes y medios de desarrollo, y por fin terminaba por dar la razón a mi amigo; sí, descuidaba algo los textos y, en cambio, hacía de la literatura clásica una continua asimilación, iba subordinándome a la fuerza tentadora de la curiosidad, y, merced a esos admirables escritos remotos, en mi imaginación aparecían sumamente grandes los talentos de aquellas épocas; ¡oh, el brillante conjunto, la selección especialísima, toda la cumbre del pensamiento y del arte!: Platón, Sócrates, Séneca, Aristóteles, Ptolomeo, Homero, Virgilio, Cicerón, Demóstenes, Licurgo, Solón, Alejandro, Leónidas, Fidias, Praxíteles, etc., etc. ¡Qué Parnaso, con esa variedad de cíclopes! Y en las páginas de Plutarco, de Diodoro y de otros escritores se aplanaba mi alma pequeña, empequeñecida todavía más ante tanta grandeza.

Era muy aficionado a hablar de los tiempos clásicos; no parecía sino que mi espíritu se encontraba sugestionado por aquellos milenios penumbrosos, en cuyas civilizaciones alumbraron como luciérnagas genios y sublimidades tan potentes que hoy sus destellos harían bajar de vergüenza la mirada turbia, bajuna y pasional de nuestra humanidad vacilante. Capilla asentía con la cabeza; a veces discutía ciertas cosas y me indignaba con él, porque era ponerse enfrente de las opiniones de aquellos hombres cumbres, a quienes yo tenía por inmutables.

—Por Dios, Capilla, ¿cómo me discutes eso si está clarísimamente escrito en «Caracteres» del ilustre Teofrasto? —le decía enfadadísimo—. ¿Cómo pones en duda sus afirmaciones, tú, un pigmeo estudiantillo enfrascado en las ecuaciones de segundo grado, en los binomios de Newton, en el estudio del francés? Desengáñate y abre paso a la realidad, insigne Capilla; careces de méritos para refutar una cosa así.

Lejos de lo que yo esperaba, Capilla se calló, por un momento quedóse fijo, inmóvil, en una actitud hermética; luego después, con palabra reposada y tranquila, dijo:

—No estoy de acuerdo con tus exaltaciones eruditas; me citas unos cuantos nombres de antiguos, para mí muy respetables, pero a los que concedo una importancia secundaria; veo te extrañas porque, sin haber leído lo que tú, me atrevo a discutir; es, amigo mío, la fuerza y la claridad que emanan del estudio, y vuelvo a repetirte lo que tantas veces he dicho: el abandonarse en el ignoto campo de la cultura, sin poseer medios para comprenderla, es perder el tiempo; por ahora, confórmate con las antologías que te señale nuestro profesor de Literatura; así, ordenadamente, irás formando tu espíritu con las impresiones producidas por trozos bellos, cuya perfección ha hecho que se conserven como modelos. Ya vi ayer cuán lúbrico y balbuciente andabas en la lección de Historia; se veía claramente que no la habías estudiado; sin embargo, explicarías muy cumplidamente el paralelaje entre las vidas de Teseo y Rómulo.

Yo callaba ante estas observaciones; un pensamiento extraño y súbito me decía que mi amigo tenía razón; pero reaccioné al instante; aquello era absurdo, era ridículo; yo veía en sus palabras una teoría muy generalizada en los centros docentes, bonitamente aceptada por alumnos y que encantaba a profesores mediocres: el odio al libro primigenio, al libro abstracto; esto es, a todo lo que no signifique concreción práctica, a todo lo que no tenga una relación directa con el programa y el texto respectivo. De pronto, exclamé:

—Todo lo comprendo; tú y todos los pobres de espíritu como tú sois unos individuos sin imaginación, sin idea alguna de lo sublime; no concebís más que lo vulgar, lo que carece de grandeza; por eso no acertáis a comprender mi manera de obrar; tú sigues la rutina, lo que te dejan tus antepasados, y yo estudio lo pretérito para compararlo con lo presente y establecer alguna aspiración, algún vacío...

Y mi amigo seguía discutiendo y dándome paternalmente consejos que él creía me podían beneficiar; eran muy frecuentes nuestros altercados en la polémica, pero terminábamos siempre por una reconciliación cariñosa, repleta de sentimentalismo y protestas de amistad.

Terminé por convencerme; obré de acuerdo con Capilla, y mis horas de estudio las dedicaba por entero a los libros de texto; en las clases pronto escalé los primeros puestos; se me señalaba como un futuro genio, gracias a la habilidad y oratoria fácil que utilizaba en mis disertaciones; sentía una gran afición al estudio de las leyes, y en las lecciones de Historia añadía opiniones y críticas que llamaban la atención del profesor; es que en mis tiempos de hambre erudita había releído «Leyes», de Platón, «Política», de Aristóteles, y con gran oportunidad internaba ideas, conceptos, etc., que realizaban mucho mis discursos; entonces comencé a tener enemigos entre los compañeros; se me odiaba sencillamente por estudioso, por trabajador, y más de una vez tuve que utilizar mis puños para defender mi pundonor ultrajado de estudiante.

Obtuve en Mayo flamantes calificaciones con matrículas de honor, y entré en el camino de la vanagloria personal, odiosamente recriminado por mí después al recordar la locura de aquellos tiempos; mi buen amigo Capilla también con brillantes resultados terminó los exámenes, y esto contribuyó —si era posible— a agrandar nuestra amistad.

Embargaba mi ánimo tal optimismo, que por un momento huyeron de mí todas las melancolías, y la perspectiva de una vida radiante y feliz se me apareció verosímil y segura. Aprovechando un atardecer vernal, cuyo sosiego y dulzura incitaban al paseo, di una vuelta por la avenida con objeto de entretener mi espíritu en la admiración sublime de un artificio

casi naturalizado. Abundaban en el bulevar cuadrillas de estudiantes, en los que las más heterogéneas señales interpretaban las respectivas notas en los exámenes; grupos de frágiles modistillas recibían las frases rimbombantes de aquéllos, y un cierto murmullo a juventud y amor retumbaba entre las frondas, cual aviso mitológico de un dios apacible; yo seguía hacia adelante, no haciendo caso de nada; todavía no he podido explicarme por qué huía de aquella homogeneidad y solaz juvenil, lo mismo que huiría un fotófobo de un foco de luz; ¿era un orgullo vulgar de joven iluso o un simple odio a toda la sociedad? Me inclino por esto último, ya que es una especie de teoría en la que he venido sosteniendo mis fuerzas sectarias.

Y cuando ya rendido buscaba, ávido, un banco rústico donde sentarme, me fijo en un viejecito encorvado que paseaba su mirada dulce y atrayente sobre el paseo, sin duda con el mismo objeto que yo; siempre, desde la infancia, he sentido una gran veneración y respeto por esta clase, que representa la fuente del vigor de nuestras generaciones, y que amorosamente recluyen su genio e inteligencia para abrir paso al corazón y a las fibras de un sentimentalismo pueril.

No me fué difícil cambiar una conversación con él, pues los viejos son generalmente aficionados a esta clase de diálogos, donde parecen reverberar su alma por los andurriales de los sucesos pasados, y a la vez lograr lo que es en todos los proyectos un anhelo: dar a sus sucesores unos consejos de ética casera y unos preceptos del Código consuetudinario.

A los pocos momentos, éramos ya conocidos de muchos años, y el buen viejecito, con sus ojos lustrosos, azulencos y casi carentes de luz, su cara desfigurada por gran número de estrías paralelas, se me hacía altamente simpático, merecedor de un aprecio incontable. ¡Qué bondad y reposo místico ponía en sus palabras huecas!

—¡Oh, joven! Es de envidiar tu suerte solamente por el hecho de ocupar el lugar privilegiado de la vida. La primavera, ¡oh, qué ritmo pone en sus retoños, qué marcada perfección en sus rosuelas, qué divina ingenuidad en sus inteligencias! Y tú, hijo mío, atraviesas por ella, te enredan y casi adormecen sus efluvios embriagadores, te dominan sus ímpetus candentes, te acarician las hojuelas de sus frondas... en fin, casi eres feliz, y digo casi porque mi escepticismo tradicional me lo manda.

—No, viejecito venerable, yo no soy feliz, soy un desgraciado, no tengo madre, madre que mese mis cabellos hispídos y rebeldes, madre que se dé cuenta de mis cuitas, madre que me sumerja en un inacabable río de fervores espirituales, madre que aliente y edulcore mi carácter misántropo, madre que, en fin, me haga feliz con el beso eterno de su cariño fecundísimo; como ve, viejecito mío, tengo poderosísimas razones para no estar contento; mi alegría, en todo caso, es efímera, trashumante, pérfida, ingrata, olvidadiza...

—¿Pero no tienes padre, hijo mío? —suplicó el viejecito enternecido.

—Sí, tengo padre, lo adoro, lo estrujaría de buena gana contra mi pecho, pero ¡ay! no es el amor de la madre, aquella mamaíta enferma que dulcemente me besaba, aquí en los labios, como reclamando para sí todos los vocablos que de ellos salieran...

—Bueno, querido amiguito, bueno, no te pongas triste, no evoques recuerdos atezados, y vive, ocupa en la sociedad ese sitio que te asignan los apocalípticos rodajes del mundo. Noto en ti una disposición grande a los trabajos imaginativos, un campo abonadísimo, donde, con provecho, se cultivan arrogantisísimos resultados de un pergeño deslumbrante; por eso, querido joven, no decaigan tus ánimos ante la lucha con la fatalidad, muévanse constantemente tus facultades, apoyadas por un férreo dominio, broten en tu

cerebro viril los espectros ideales más fúlgidos, actívese en tu corazón de adolescente la construcción del yunque donde se doblen todas las pasiones, todos los prejuicios y, ¡ah!, contra ese sentimentalismo que roe tu pecho pon el drástico auxilio del ansia cultural, del estudio provechoso, y... triunfarás, vaya si triunfarás. ¿No sientes una gran afición por el estudio?

—Sí, abuelito respetable, yo estudio, leo, intensifico mis actividades en el afán de saber, de digerir muchas cosas, tengo que luchar con enormes dificultades; no sé cómo hacerme con un criterio fijo, provechoso, recto, para después seguirlo inflexible, ateniéndome a él como a un ideal bueno; pero ese criterio no lo encuentro, no logran dilucidar el pétreo camino que a él conduce ni los amigos, ni los profesores, ni nadie..., de ahí proviene mi desconcierto; yo anhelo un criterio sencillo, viable, capaz de conducirme a los más conspicuos puntos de ilusión, pero... no lo encuentro, mi inteligencia no lo descubre..., dígamelo, viejecito, usted, en el que una existencia larga y sutil habrá hecho enorme cantidad de experiencias, de súbitas y heroicas realidades que al retumbar repetidas se hicieran eternas...

—Me planteas un problema difícil y para mí una incógnita, me asombra tu manera de pensar, y si te he de ser franco no te comprendo, mi cerebro no ha desmenuzado bien tus palabras, tus ideas; en mis tiempos no había eso, yo no lo he conocido nunca; un criterio, un camino a seguir, ¡hijo mío! eso es muy excelso, muy grande, yo no entiendo no lo entiendo... ¿No ves que eso es la incertidumbre de la vida?

El viejecito vertió una lágrima.

—Entonces ¿qué hago? ¿O soy un loco?

El anciano no contestó esta pregunta; cerró los ojos unos minutos y después dijo:

—Voy a darte un consejo, el único, el último: deja todas esas cosas para más adelante, para cuando tu desarrollo y tu inteligencia casi se sonrojen al preguntar una duda.

Quedé ensimismado, a unos pasos de mí se pronunciaron repetidas unas palabras.

—Oye a tu padre, oye a tu padre...

No pudo decir más, apareció un auto y a él subió, enviándome, al sentarse, una mirada, en la que quizá hubiera unos grados de compasión. ¿Quién era aquel buen viejecito? Ni lo sé ni lo he sabido nunca, su figura, aunque decaída, altiva, parecía querer declarar un origen y un ambiente aristocrático, pero son suposiciones; después pasó por mi imaginación un cuadro en el cual apareció entre resplandores fúlgidos el viejecito, sonriente; aquella visión se evaporó bien pronto, y me vi solo, solo en aquel paseo inmenso, abandonado en la noche negra, que parecía dispuesta a cobijar en su seno verde sinople los más grandes romanticismos, los más grandes ensueños...

Y huí, huí hacia la ciudad bullanguera y alegre, en donde el repiquetear de los tranvías y los bocinazos de los autos parecían darle una cierta nota de fiesta, de ustorio humanizado y burlesco...

Llegué a casa rendido, sofocado, con deseos de reposo y de tranquilidad. Me encontré a mi amigo Félix preparando un pequeño bulto para marcharse al pueblo.

—¡Hola, Antonio! —me dijo—. Como ves, marchó mañana, ya escribí ayer diciendo que me esperaran. Tú vendrás conmigo. ¿No?

—Sí, Félix, iré contigo, he de hablar a mi padre, tengo muchas cosas que decirle. ¡Oh mis cosas! mis cosas... te voy a contar una especie de amistad que he hecho con un viejecito en la Avenida...

Y le conté todo, mis amargas quejas, las palabras del anciano, sus dudas, su desaparición, etc.

—¿Y quién era? —me preguntó.

—No lo sé, Capilla, te parecerá extraño, pero no lo sé.

—Mira, Antonio, por milésima vez te repito que dejes en paz tus romanticismos y tus tonterías. ¡Dios mío! te vas a volver loco, entra en razón y dime si me acompañas.

—Sí, voy contigo; inmediatamente preparo mi equipaje. Ayúdame.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»

>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS

>DOCUMENTO: Sello_004